

JOAN DE DÉU PRATS

LEYENDAS DE BARCELONA

MARGE
BOOKS

LA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD

No todas las ciudades pueden presumir de haber sido fundadas por un semidiós fornido, fuerte y famoso como Hércules. Podría ser que este superhéroe clásico fuera, en realidad, un explorador fenicio que visitó nuestra costa y, de vuelta a su país, fue divinizado por sus gestas. Con el transcurso del tiempo y gracias a la tradición oral, habría sido rebautizado en Grecia con el nombre de Heracles y, posteriormente, conocido como Hércules en la tradición romana.



SEGÚN cuenta la leyenda, Hércules festejaba con Pirene, una doncella gentil hija del rey Túbal, que reinaba en las tierras de los Pirineos. La doncella, no obstante, murió. No sabemos la causa de su muerte, quizás ardía demasiado en deseos por el amor del gigantón, el cual, entristecido, comenzó a arrancar montañas de aquí y de allá para apilarlas, en forma de tumba, sobre los restos mortales de la princesa. Tantas amontonó que acabó formando una cordillera que se llamó Pirineos, en honor a la hija del rey Túbal. Así que ya lo sabéis, los Pirineos son, en realidad, la tumba inmensa de una princesa de la cual Hércules, el hombretón, se había enamorado.

Aquel trabajo abrumador dejó al héroe empapado de sudor; así que decidió, en dos zancadas, plantarse al pie de la montaña de Montjuïc para refrescarse en el mar. Y parece que la visión hermosa del llano de Barcelona le hizo olvidar la pena de haber perdido a su amada, y se propuso fundar allí una ciudad cuando dispusiera de un ratito libre entre sus célebres trabajos.

Después de abrir el jardín de las Hespérides, plantar las columnas del fin del mundo y separar con una grieta Europa de África, llegó el momento de fundar la ciudad.

Encontrada la ocasión, Hércules armó nueve naves con gente escogida y surcó el Mediterráneo hacia aquel llano amable al pie de Montjuïc para hacer realidad su sueño. A media navegación, sin embargo, el cielo se nubló de lo lindo y un temporal enorme dispersó las naves. Tras muchos esfuerzos, los marineros consiguieron poner pie en tierra cerca de Marsella. Una nave, de todos modos, se perdió. Cuando pasó la mala mar, haciendo navegación de cabotaje, Hércules y los suyos continuaron hasta llegar al llano de Barcelona. Allí se quedaron sorprendidos al ver que un grupo de su gente hacía días que se esforzaba trabajando para construir la ciudad. Y es que la barca perdida durante el temporal había llegado sana y salva al llano de Barcelona.

Hércules se alegró tanto de reencontrar a sus hombres que dejó constancia de aquella aventura bautizando la nueva ciudad con el nombre de Barca-nona, o sea, la barca novena que se había extrañado. El tiempo, que todo lo pule, acabó completando el nombre hasta que se convirtió en nuestra Barcelona.

*Per coronar eixa obra de cíclop gegantina
de Barcelona al centre plantà un verger feliç,
sobre uns pilans, del Tàber al cim, on sa ruïna
duu escrit al front encara lo nom de Paradís.*

Nos lo cantó con suma belleza Jacint Verdaguer, en su obra *L'Atlàntida*.

En recuerdo de aquellos viejos tiempos míticos, conservamos en la ciudad una calle estrecha en el barrio gótico, que desemboca en la plaza de Sant Just i Pastor, la cual lleva el nombre del héroe mitológico. También recordamos a Hércules en la fuente del llano de la Boqueria, donde el escudo de la ciudad está ataviado con la pelliça del león y el garrote que siempre le acompañaban. Por último, la ciudad construyó la Font d'Hèrcules, una estatua del semidiós que actualmente se encuentra en la confluencia del paseo de Sant Joan y la calle Còrsega, obra robusta de Damià Campeny.

Podríamos decir, entonces, que Barcelona dispone del alma femenina de su clima, y de su nombre —decimos «Barcelona, ponte *guapa*», no «¡*guapo!*!»—, y del espíritu del forzado héroe griego que, según la tradición, la fundó para olvidar la muerte de su princesa amada.

¹ Para coronar esa obra de cíclope gigantesca de Barcelona, en el centro plantó un vergel feliz, sobre unos pilones, del Táber en la cima, donde su ruina lleva escrito en el frente todavía el nombre de Paraíso.

TIBIDABO

Antiguamente, el llano de Barcelona no estaba atestado de casas. Era una llanura amable en leve pendiente. A un lado estaban los pantanales del río Besòs, con bosques de ribera y caza abundante. En el otro extremo, la fértil desembocadura del río Llobregat, con huertos y árboles frutales. En el mismo llano, sobre el minúsculo monte Táber, se encontraba la ciudad. Casas solariegas y una multitud de pueblitos completaban la bella estampa. El «cachalote varado» que asemeja la montaña de Montjuïc cerraba la marina por el sur. Era una imagen idílica. De manera que no fue extraño, según una antigua tradición, que se situara en la cima de la sierra de Collserola uno de los episodios que se pueden leer en el evangelio de san Mateo.

UNA vez, Jesucristo subió a la cima de una montaña a meditar. Era la cima de Collserola. Entonces pasó el demonio por allí y tuvo la diabólica idea de tentar a Jesús. Le mostró todo lo que se veía desde allí arriba, que era espléndido, y le dijo, aguzando la mirada:

—He aquí todo lo que te daré si te arrodillas y me adoras.

En aquella época, no obstante, los demonios hablaban en latín. Y la frase tentadora del diablo fue:

—*Haec omnia tibi dabo se cadens adoraveris me.*

Y así es como la cima de Collserola, a partir de aquel hecho memorable, se llamó Tibidabo.

Huelga decir que Jesús, con buenas palabras, eso sí, envió al demonio a freír espárragos. Cuenta la tradición que Pedro Botero siguió por la línea de cresta y, evitando pasar por el lugar conocido como Santa Creu d'Olorda, llegó hasta Martorell, donde la población se afanaba, sin salir adelante, por construir un puente sobre el Llobregat... El famoso *Pont del Diable*.

JESÚS, INVITADO A BARCELONA

Las noticias corren de prisa, incluso en el lejano siglo I. Y aunque todavía no se habían inventado los diarios, la radio, la televisión o internet, muy pronto llegó a nuestra casa una primicia informativa de gran relevancia.



SEGÚN el pueblo, la predicación de Jesús y sus discípulos llegó hasta Barcelona muy pronto, en el año 31 de la era cristiana. E inmediatamente, los barceloneses decidieron enviar una delegación a Palestina con el fin de pedir a Jesús que viniera a nuestra ciudad a predicar su doctrina. Jesús recibió muy bien a los comisionados y les dijo que le quedaba todavía mucho trabajo por hacer en Palestina, que tenía la agenda llena de milagros y sermones, de modo que le era imposible aceptar la invitación, pero que enviaría a uno de sus mejores discípulos cuando le fuera posible. Y encargó a san Jaime, que era de todos los apóstoles el que hablaba mejor, que fuera a predicar la nueva ley a Barcelona.

San Jaime vino ocho años después de la muerte de Jesús, en el año 41. Los barceloneses dicen que ésta fue la primera «excursión» de los discípulos de Jesús fuera de Tierra Santa y que la ciudad fue el primer lugar del continente europeo donde se predicó el cristianismo.

Antiguamente, el mar llegaba hasta el Fossar de les Moreres, en el actual barrio del Born. Allí fue donde se dice que san Jaime desembarcó y predicó la nueva ley. Fundó una capillita llamada Santa Maria de les Arenes, atendiendo a su situación. Después de predicar en la playa, se dirigió al centro de la ciudad y continuó en el lugar donde hoy se levanta la catedral, que entonces era un bosquecillo de pinos. Se atribuye también a san Jaime la fundación de la iglesia que había en la plaza donde hoy tienen lugar tantas manifestaciones y celebraciones, sede actual de los gobiernos de Barcelona y de Catalunya, que tiene por nombre, precisamente, de Sant Jaume. En estas iglesias existía una imagen de piedra del santo en recuerdo de su fundación, y en ningún otro templo de la ciudad podía haber imágenes de piedra de este apóstol, ya que no los había fundado él.

En sus inicios, la plaza de Sant Jaume, mucho más pequeña que ahora, se llamaba de la Font, porque allí se encontraba la primera fuente de Barcelona. Según la tradición, el templo de Sant Jaume fue erigido en torno a la piedra que sirvió como tribuna al santo y sobre la cual habló al pueblo; piedra que coincidía con el centro de la Barcelona antigua. Estas piedras, a veces convertidas en estatuas, que se encuentran en el centro de muchas ciudades, representan los mojones fundacionales de la población. Y si Hércules puso en Barcelona la primera piedra física, san Jaime puso la espiritual.

San Jaime, después, se colocó la mochila y las botas montañeras e inauguró una nueva «ruta turística»: el Camino de Santiago que todavía goza de fama mundial.

LA PATRONA DE BARCELONA

Antes de la colonización romana, los cerros de Barcelona estaban habitados por la tribu íbera de los layetanos. En recuerdo de aquella tribu existe una calle muy cinematográfica —sobre todo por lo que respecta a anuncios publicitarios— llamada Via Laietana. Apenas un poco más tarde, en tiempos de los romanos, cuando la ciudad tenía por nombre una retahíla: Colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino, vivió una jovencita destinada a ser, durante mucho tiempo, la patrona de la ciudad. Se llamaba Eulàlia, fue martirizada por abrazar la fe cristiana, lo cual era una manía muy frecuente entre los romanos de la época, y fue convertida en santa.

EULÀLIA era una jovencita que se distinguía por su gran caridad. Cerca de su casa, había un pozo de agua muy buena y fresca. Un día, no obstante, el pozo se secó, y unas muchachitas que iban a sacar agua de él se pusieron a llorar porque su padre, que era muy severo, las reñiría si no volvían con los cántaros llenos. Entonces Eulàlia, ante el desconsuelo de las jóvenes, extendió su manto sobre el pozo y, al instante, el agua comenzó a manar. Tanta agua salió que se formó un río. Este río

todavía existe bajo la ciudad y alimenta de agua todos los pozos. Antes de que se construyeran las canalizaciones de agua de la ciudad, y también las ampliaciones del puerto, los pescadores conocían muy bien este río y lo llamaban el *Riu de sota* (Río de debajo) o *Riu de santa Eulàlia*. Y cuando caía un aguacero, la corriente que se formaba era tan fuerte que al llegar al mar, los pescadores debían tener mucho cuidado con la navegación.

Desde entonces, los barceloneses invocaban a santa Eulàlia cada vez que los pozos se secaban. Y los poceros tenían por abogadas a santa Eulàlia y a la Mare de Déu de l'Aigua.

Cerca de casa de la santa había un bosque de cipreses, donde se le apareció un ángel que le anunció que sería patrona de Barcelona. En recuerdo de aquel prodigio, el ángel transformó los cipreses en palmeras. Antes de aquello no había en toda esta tierra palmeras. Muchas de las actuales, a pesar de que mucha gente piense que son fruto de una obsesión del Ayuntamiento, descienden de aquellas primeras palmeras.



Los martirios de la santa

Cuando el emperador Diocleciano, martillo de herejes, decretó persecución contra los cristianos, Eulàlia tenía trece años. Y parece que no sólo era caritativa, sino que tenía un fuerte carácter, porque se

le ocurrió ir al templo pagano e increpar a Daciano, el gobernador romano de Barcelona. De aquel antiguo templo, aún podéis ver unas magníficas columnas que se encuentran en el interior del edificio que hoy alberga el Centre Excursionista de Catalunya, en la calle del Paradís, tocando a la catedral.

Pues bien, Eulàlia, muy decidida, lanzó arena al altar en señal de escarnio. Daciano se lo tomó con calma, y le dijo que si adoraba a los dioses romanos la perdonaría. Pero Eulàlia se mantuvo firme y, entonces, Daciano la mandó encerrar en la prisión que había al final de la calle de la Boqueria para torturarla, cosa que dice poco a favor de su sentido del humor. La prisión estaba en la actual calle de la Volta de santa Eulàlia. Y dicen que el sol, afligido porque aquel lugar había servido de prisión de nuestra patrona, no quiso volver a entrar allí nunca más. Y, si os fijáis, allí nunca penetran los rayos del sol.

Eulàlia sufrió tantos martirios como años tenía. ¡Y tenía trece! Primero recibió azotes. Después le desgarraron la carne con garfios. Al acabar, le introdujeron los pies dentro de un brasero y, luego, los pechos. A continuación, la rociaron con aceite hirviendo. Y, acto seguido, la regaron con plomo fundido. Después, la tiraron dentro de una balsa de cal viva.

Pero la cosa no acabó aquí. Más tarde, la metieron desnuda en un tonel lleno de trozos de vidrio y clavos con puntas erizadas. Una vez encerrada allí dentro, tiraron el tonel trece veces cuesta abajo por la actual Baixada de Santa Eulàlia, calle cercana a la plaza de Sant Felip Neri. En recuerdo del martirio, en la parte más alta de la calle, hay una capillita con una imagen de la santa con un tonel al lado.

Y aún después, la encerraron desnuda dentro de un corral lleno de pulgas que le picaron como fieras. Por eso, el día de su fiesta, el 12 de febrero, las pulgas son más grandes que nunca y pican más fuerte. La gente comenta que son las pulgas de santa Eulàlia, que quieren recordar a los cristianos el martirio de la santa.

Justo después de recibir todos estos escarnios, los soldados la pasearon desnuda sobre una carreta de bueyes por toda la ciudad. El cielo se compadeció de la escena y comenzó a nevar, y la nieve la cubrió por completo.

Santa Eulàlia, no obstante, aún tuvo ánimo para escaparse de la prisión guiada por un ángel. Los esbirros de Daciano volvieron a encerrarla y decidieron matarla. El sacrificio consistió en clavarla en una cruz en forma de aspa. La tradición señala puntos diferentes de la ciudad donde santa Eulàlia fue clavada en la cruz. El más arraigado es el llano de la Boqueria. Pero como el último martirio tuvo lugar en la plaza del Pedró, se le erigió un monumento en este rincón de confluencia de la calle Hospital con la del Carme, en el barrio del Raval. Allí todavía se puede contemplar a la santa al lado de una gran cruz aspada.

Tan pronto como la santa cerró los ojos, le salió el alma por la boca en forma de paloma. Una gran nevada cayó en el momento en que murió. Los soldados que la custodiaban huyeron muertos de frío y los padres de la joven pudieron enterrarla. Desde entonces, nunca nieva, el 12 de febrero, en la ciudad de Barcelona; costumbre de la naturaleza que no creemos que se pierda en el futuro cercano, debido al cambio climático...